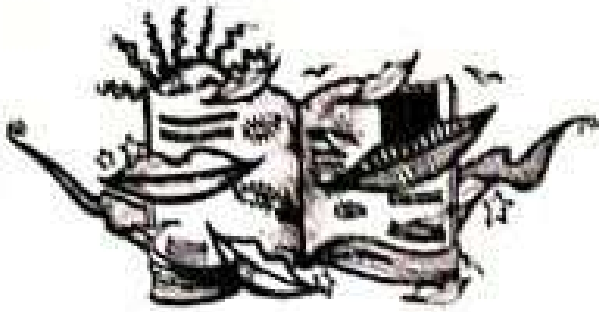


La lectura: Una forma de felicidad

En cierta ocasión, el autor argentino Jorge Luis Borges expresó que la lectura es una de las formas de felicidad que tenemos los hombres. Y acerca del libro, ese objeto que acompaña a los seres humanos, desde hace cientos de años, en su deambular por la historia, comentaba: "De los diversos instrumentos del hombre, el más asombroso es, sin duda alguna, el libro. Los demás son extensiones de su cuerpo. El microscopio, el telescopio, son extensiones de su vista; el teléfono es extensión de la voz; luego tenemos el arado y la espada, extensiones de su brazo. Pero el libro es otra cosa: el libro es una extensión de la memoria".

En la vida contemporánea, sin embargo, son muchos los seres humanos que –pese a haber tenido acceso a lo que aún en no pocas regiones del planeta continúa siendo un privilegio: la alfabetización– no sacan todo el provecho posible a esa fuente de felicidad que es la lectura.

Las razones son múltiples. En primer término, para comprender y disfrutar el mensaje que nos entrega un autor no basta con ser capaces de identificar las letras del alfabeto; se requiere un entrenamiento que permita desarrollar habilidades en el complejo proceso intelectual que constituye la conversión de signos en conceptos y el desciframiento de sus múltiples posibilidades de asociación. Pero, además, la lectura se enfrenta hoy en día a un orden económico que conspira contra el acceso de grandes sectores populares a la palabra impresa. Suponer que en un hogar humilde, donde el presupuesto familiar apenas alcanza para cubrir los gastos de la alimentación cotidiana, se vaya a emplear el dinero en la compra de materiales de lectura, resulta francamente soñador. El libro, que debería ser un artículo más en la canasta básica familiar –en tanto alimento del espíritu, como son alimentos del cuerpo el pan, la leche y otros productos de primera necesidad–, se ha transformado en poco menos que un objeto de lujo, inaccesible para amplios sectores de la población.

Por otra parte, los medios electrónicos de comunicación social, especialmente la televisión, disputan al acto de leer, en competencia casi siempre desleal, el escaso tiempo libre de que dispone el individuo moderno. Competencia desleal porque, mientras la recepción de la mayor parte de los mensajes que transmiten los medios de difusión masiva no exige a sus destinatarios una actitud crítica y analítica –sino más bien todo lo contrario–, leer es un arduo proceso que pone en tensión nuestro intelecto. No en balde José Martí sentenció, en el siglo pasado, que "leer es trabajar". El descubrimiento y la conquista del Planeta Computación ha venido a complicar las cosas. Casi es temerario suponer que un libro pueda aventajar en atractivos, para un niño o un adolescente, a esa pequeña pantalla luminosa que le ofrece una insospechable gama de juegos y pasatiempos computadorizados, sin exigirle a cambio mucho esfuerzo de su parte.

A todos estos factores que conspiran contra los hábitos de lectura en la sociedad actual, hay que añadir uno no menos preocupante: para muchos niños y jóvenes contemporáneos, la

lectura constituye un suplicio comparable a los que eran sometidos las víctimas de la terrible Inquisición tiempos atrás, una verdadera tortura que se ven forzados a padecer, pues la asocian únicamente a los deberes escolares y no vislumbran en ella una opción recreativa y cultural, ese inagotable manantial de dicha al que aludía Borges.

Se lee poco, sin discusión posible. Y cuando se lee, con mucha frecuencia se hace mal, por pura obligación o compromiso, sin paladear el texto, sin interiorizarlo verdaderamente, sin extraer todos los matices y las intenciones de que puede ser portador.

Hablamos aquí de una lectura de la palabra. Lectura importante, sin duda alguna, fundamental en el desarrollo de la civilización humana, pero no la única manera de leer. Como expresó con claridad Paulo Freire: "La lectura del mundo precede a la lectura de la palabra". Leemos primero la naturaleza, nuestro microcosmos familiar y nuestro macrocosmos social, antes de adentrarnos en el desciframiento de los código lingüísticos. Y esa lectura del mundo, esa lectura-otra, lectura primigenia, es la que nos permite crecer, madurar, nos prepara para alimentarnos con las palabras que trazaron otros para que perduraran sobre el papel, nos permite interpretarlas, resonar con ellas y enriquecerlas con nuestra experiencia de vida, con el resultado de otras múltiples lecturas de la realidad.

Entonces, es importante tener conciencia del extraordinario valor de la lectura de la palabra, pero no sobrestimarla en su papel de vía de acceso al conocimiento empírico. Constantemente estamos leyendo otros signos, otros códigos, que también nos proporcionan ideas, conceptos, información. Leemos el cielo cada mañana, cuando le echamos un vistazo para ver si amaneció nublado o si brilla el sol, y decidir, luego de esa lectura, si será necesario o no echar mano al paraguas o ponernos determinadas ropas. Leemos las expresiones de los rostros de las personas que nos rodean; leemos las luces del semáforo, un mapa geográfico,

un termómetro, el movimiento de las mareas, las imágenes de un filme, los acordes de una melodía, los aromas de un jardín.

Leemos los colores, las formas, los sabores, las texturas, los sonidos, los olores. La conciencia de esta simultaneidad de lecturas que coexisten con la lectura de la palabra nos permitirá respetar, y no subestimar, las lecturas que hacen, por ejemplo, nuestros pueblos indígenas. La lectura de los arco iris, de las cosechas, de los ríos, de las piedras; códigos repletos de significados que tal vez escapan a nuestra percepción, pero que se encuentran cargados de connotaciones. Aun cuando no se valgan de la transcripción literal equivalente a los fonemas de su idioma, ellos también leen, y su lectura se encuentra indisolublemente vinculada a un modo de vida, a su cultura e idiosincrasia, a su armoniosa integración a la naturaleza.

En América Latina distintas instituciones vienen trabajando sostenidamente, desde hace años, en pro del libro y el fomento de la lectura de la palabra escrita, a favor del retorno a ese viejo placer que es la recreación, por cada lector, de la propuesta de un autor. A esas acciones y estrategias se suma, como un empeño más, esta obra, que se propone capacitar a padres, bibliotecarios y docentes para que puedan desempeñar con mayor eficacia el papel de mediadores entre el libro y las nuevas generaciones, de puentes que propicien un acercamiento afectivo, profundo y permanente, de los niños y jóvenes a la lectura.

Que el libro no se convierta en un objeto arqueológico, en una pieza de museo, es la voluntad que anima a los ejecutores de este taller itinerante dedicado a intercambiar criterios y experiencias en el terreno de la estimulación a la conducta lectora.

Que el libro sea algo vivo, familiar, para cada ciudadano del planeta: un amigo querido e imprescindible.

Que la lectura no se transforme en una costumbre "en vías de extinción", que siga conservando un sitio especial en la vida de los seres humanos, que continúe procurando felicidad a los hombres y mujeres del porvenir.

¿Qué es leer?

Leer es la posibilidad de descifrar los signos lingüísticos y de producir los sonidos que se corresponden con éstos. Pero leer no es sólo identificar el repertorio de signos que conforman un alfabeto y poder agruparlos en sílabas, palabras y frases; leer no es únicamente "vocalizar" esas letras. Leer es mucho más.

Leer es comprender.

Leer es interpretar.

Leer es descubrir.

Es valorar un texto, reflexionar acerca de su sentido, interiorizarlo. Es apropiarse del significado y la intención de un mensaje. Es relacionar lo que esos vocablos expresan con nuestros propios sentimientos, creencias, emociones. Es una invitación a pensar.

Leer es percibir esa señal luminosa que lanza el autor y que, una vez recepcionada, enriquecemos con nuestros puntos de vista personales; ampliamos, completamos, con nuestra sensibilidad y criterios individuales. Es un diálogo, un contrapunteo entre el escritor (creador) y el lector (recreador); es una confrontación para refutar o suscribir.

Leer es una aventura, un reto estimulante. Es una vivencia personal, única. Cien personas pueden leer al unísono el mismo texto, pero cada una de ellas reaccionará de distinto modo ante él, porque lo matizarán y tamizarán con sus experiencias vitales, lo enriquecerán o simplificarán en correspondencia con su grado de madurez intelectual y emocional, con sus personalidades y temperamentos, con sus cualidades y carencias, porque cada quién se habrá acercado al texto desde sus propias perspectivas, propósitos y expectativas.

Leer es un ejercicio creativo.

Leer es un detonante para la aparición de un sinfín de imágenes.

Leer es un acto de comunicación.

¿Para qué sirve la lectura?

A través de la lectura, el hombre puede apropiarse de todo el conocimiento acumulado por las generaciones que le han precedido. El libro es una suerte de cofre donde la humanidad ha depositado el resultado de sus indagaciones, de sus reflexiones y fantasías; la lectura es la llave mágica que nos permite abrir ese preciado cofre y nutrirnos con los tesoros que contiene en su interior. La lectura es una herramienta del conocimiento; es un instrumento indispensable para tener acceso a las diversas ramas del saber.

Por medio de la lectura, los seres humanos podemos hallar respuestas para las múltiples preguntas que, en cada etapa de nuestra existencia, nos salen al paso. La lectura permite encontrar soluciones a los conflictos existenciales, apropiarse de modelos que contribuyen al perfeccionamiento de la conducta, al enriquecimiento ético y espiritual. La lectura puede ser un magnífico catalizador para angustias y temores; puede modificar actitudes, estimular el deseo de ser mejores, de superarnos, de enriquecer nuestra visión del mundo.

Con la lectura, el individuo puede ampliar su vocabulario, apropiarse de nuevos conceptos e ideas, acceder al maravilloso universo del arte y la literatura. La lectura propicia que el hombre se conozca mejor a sí mismo y se reconozca como parte de una comunidad o de determinado grupo social; es una excelente vía para enraizarnos en las tradiciones y aprender a valorar y respetar otras culturas, para entendernos y entender mejor a los demás.

Leer es, además, un medio de acceso al poder político, económico y social. Un individuo que lee está mejor preparado para incidir en las decisiones de su comunidad y ejercer de forma más efectiva su papel como ciudadano.

Pero la lectura es importante no sólo por desempeñar esas y otras funciones que van de lo cognoscitivo a lo afectivo y lo social; también lo es porque constituye un magnífico medio de recreación, de entretenimiento, de diversión. Leer puede ser tam-

bién un juego ameno, enriquecedor y apasionante. Un acto placentero. Un espacio para ejercer la capacidad de fantasear, para dar rienda suelta a la imaginación, para soñar y fabular libremente.

¿Qué entendemos por promoción de lectura?

Promover es impulsar, acercar, estimular. La promoción de la lectura debe entenderse como *la ejecución de un conjunto de acciones sucesivas y sistemáticas, de diversa naturaleza, encaminadas todas a despertar o fortalecer el interés por los materiales de lectura y su utilización cotidiana, no sólo como instrumentos informativos o educacionales, sino como fuentes de entretenimiento y placer.*

El incremento y desarrollo de los hábitos de lectura es un problema que compete a toda la sociedad contemporánea y, por ende, el hogar, la escuela, la biblioteca y todas la instituciones de la comunidad deben trabajar de modo coordinado en la búsqueda de estrategias para alcanzar un vínculo más estrecho y pleno de la población con los libros y demás materiales de lectura a su alcance.

No es fortuito que la mayor parte de los programas dedicados al fomento de la conducta lectora en los distintos países, dirijan fundamentalmente sus acciones y mensajes a la niñez y la juventud. Son estas etapas del desarrollo humano en las que es posible incidir, de modo más efectivo, en la formación de sólidos hábitos de lectura para el futuro adulto. Mientras más temprano se produzca el encuentro del niño con el libro, más probabilidades existirán de que este objeto pase a ser un elemento indispensable dentro de su universo afectivo. Al respecto, los investigadores Ronald E. Baker y Robert Scarpit expresan en su obra *El deseo de leer*: "Es en la infancia preescolar cuando se forman las actitudes fundamentales ante el libro. (...) Es conveniente entonces que el libro entre en la vida del niño antes de la edad escolar, y que pase a ser parte de sus juegos y actividades cotidianas". Para promover la conducta lectora en los individuos nunca será, pues, demasiado temprano.

Despertar necesidades, generar actitudes, forjar hábitos es promover la lectura.

¿Qué son hábitos de lectura?

El hábito de leer no es innato. El hombre no llega al mundo apreciando los libros; esa es una capacidad que desarrolla con la práctica y como consecuencia de un modelo de conducta que se le propone.

Los investigadores brasileños Laura Sandroni y Luiz Raul Machado señalan que no se puede llamar hábito de lectura "a un ligero coqueteo con este o aquel libro". Efectivamente: un hábito no es algo circunstancial o transitorio. No se debe confundir con una moda ni con una tendencia o inclinación pasajera. Es una costumbre enraizada, una conducta incorporada con carácter cotidiano a nuestra existencia, una exigencia, algo de lo cual nos resulta difícil prescindir. Ese hábito empieza a conformarse cuando se arrulla al niño con nanas, cuando se juega con él utilizando rimas y retahílas, cuando se le relaciona con la palabra; y su cultivo prosigue después, año tras año, sin interrupción. Es resultado de un proceso de aprendizaje, de inculcar una costumbre, un patrón de conducta.

No basta con motivar en el niño una actitud favorable hacia la lectura; de lo que se trata es de crear un sólido vínculo. Formar hábitos de lectura *es lograr que el individuo recurra regularmente, y por propia voluntad, a los materiales de lectura como medio eficaz para satisfacer sus demandas cognoscitivas y de esparcimiento.* Hablaremos de hábito de lectura en el sentido de acercamiento permanente al acto de leer como resultado de una necesidad vital. Hábito de lectura es sinónimo de disfrute del texto, nunca de imposición o de simple tarea a cumplir. Cuando la necesidad de leer se ha hecho tan perentoria en el hombre como la de comer, beber, disponer de un techo o de ropa para vestirse, podemos hablar de la existencia de sólidos hábitos de lectura.